

metodológicas, ya sea por la plataforma editorial en que aparecieron, los trabajos adolecen de una condición que merece ser meditada.

En el caso de "El teatro español hoy", nos encontramos con que su autor, constreñido en gran parte por el espacio —150 páginas, de las que más de 40 son gráficas—, se ha limitado a dar una serie de juicios sobre los más conocidos dramaturgos de nuestro siglo. El título de los distintos capítulos refleja el propósito de clasificarlos y, al mismo tiempo, de señalar las líneas dominantes de nuestro programa dramático. El libro, generalmente cimentado en nuestra crítica más progresista, tiene, a mi modo de ver, dos problemas: uno, metodológico, que consistiría en situarnos ante los autores sin desarrollar el entramado histórico y social que pudiera ayudar a entender su significación. Con lo que, perdida la relación autor-época, la adjetivaciones toman el tono de un estricto juicio personal, con el que uno puede estar de acuerdo o en desacuerdo, sin plantear la verdadera cuestión: el pensamiento y la sensibilidad históricas en que se enmarcan esos acuerdos y esos desacuerdos. El otro problema, derivado del anterior, sería una especie de general benevolencia, absolutamente lógica cuando el crítico ha de juzgar individualmente a los autores en lugar de intentar analizar las raíces sociales —y, por tanto, también estéticas— de su obra.

Distinto es el caso del libro de Molero Manglano. Aquí no sólo hay una referencia constante a las relaciones entre teatro y sociedad, sino que éstas se esgrimen como una de las apoyaturas del trabajo. De autores como Pemán o Paso, refiriéndose a sus épocas de gran éxito, el ensayista subraya la relación entre su obra y su público, viniendo a ser aquella la expresión de las ideas de éste. Si la década del 40 es la de Torrado y el astracán, Molero Manglano lo explica aludiendo al trauma de la guerra civil y a la función que asignaron al teatro quienes iban a él. Por aquí y por allá, al estudiar el éxito de los autores y transcribir escenas que contienen el núcleo de su pensamiento, asoman atinados intentos de relacionar la obra con la Historia. Pero, desgraciadamente, el método se trunca al identificar público teatral y sociedad española, al renunciar a la contemplación de las clases y a la significación socioeconómica de la guerra civil. Hay en el autor una especie de santo ho-

rror a la política, que acaba siendo el principal enemigo de su sugestivo punto de partida. Porque una cosa es soslayar el concepto sectario de la política y otra no aceptar el concepto como manifestación de una acción que resulta del estado social y que tiene, inevitablemente, a perpetuarlo, de un modo u otro, o a modificarlo, también de un modo u otro. Contar la vida de Buero, decir luego que al autor "le interesan los españoles del hambre; los que tienen dificultades para comer cada día, los que ven en el mismo centro de su problemática humana la miseria y la falta de medios; los que se mueven en un marco lóbrego, angustioso, de puertas cerradas". Y añadir: "En la situación actual carece de sentido y de justificación querer apreciar en el teatro de Buero un sentido cualquiera de compromiso político", me parece una flagrante contradicción, a menos que identifiquemos la política con el sectarismo. Igual sucede, por poner otro ejemplo, con García Lorca. Es cierto que su asesinato —y, a estas alturas, todo el mundo sabe que fue el gobernador civil de Granada quien lo mandó a Viznar para ser fusilado— enfatizó su significación política. Tam-

bién lo es que algunos han cargado la mano. Pero el sentido de sus obras es críticamente inequívoco, como lo fueron muchas de sus declaraciones y su alineación en la vida cultural republicana. Sin embargo, Molero Manglano escribe: "En primer lugar, hay que adelantar que quien quiera ver en este teatro la menor implicación política, la más leve toma de posición ideológica o, como se dijo después, el menor síntoma de 'engagement' o compromiso, es que se ha puesto unos anteojos especiales para ver de esta forma... porque tiene gusto en ello".

Podríamos transcribir otros párrafos, a través de los cuales cabría señalar una serie de contradicciones que nos remiten —y esto es lo importante, pues es obvio que el autor no cree incurrir en ellas— a una especie de recelo ante los términos políticos. De ahí el vacío o la ambigüedad, a la vez semántica y conceptual en este terreno, que explicaría la frustración de un trabajo en cuyo planteamiento existían una serie de posibilidades prometedoras.

En el fondo, tanto en "El teatro español hoy" como en "El teatro español contemporáneo" se refleja, precisamente porque

sus autores quieren sostener una actitud crítica y actual, el lastre de una época en la que muchos conceptos políticos fundamentales se nos enturbiaron entre su anulación y su manejo dogmático, quedándonos sin su dimensión rigurosa. Decir, como hace Molero Manglano, que Tejedor o Fernández Sevilla planteaban un teatro con elementos populares, obliga hoy —como ha hecho el brasileño Boal— a desentrañar la equívocidad del término "popular" y a preguntarse qué interés se defiende en cada una de las formas que se ofrecen bajo esta etiqueta. ■ JOSE MONLEON.

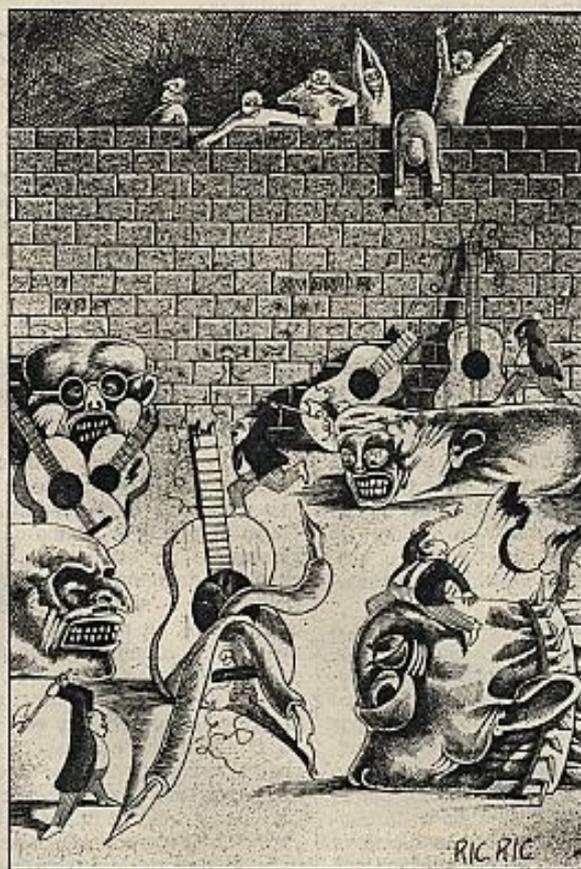
## Piaget, el constructor

Al reseñar, en el número anterior de TRIUNFO, un coloquio internacional celebrado en Madrid sobre "comunicación y pensamiento", resaltábamos como significativo el que, sobre todas las ponencias presentadas, hubiera planeado la figura y la obra de Jean Piaget. Era, sin duda, un testimonio más del interés que —tras decenios de incompreensión en ciertos ambientes científicos— comienza a despertar en todo el mundo este psicólogo, biólogo y epistemólogo suizo a quien sólo ahora se le reconoce su claro papel de precursor en tantos campos de la actividad investigadora.

También estos días, y como parte de esa recuperación a que nos referimos, ha aparecido un libro de "conversaciones con Piaget" (1) a cargo del periodista Jean-Claude Bringuier. Se trata de una serie de entrevistas iniciadas en 1969 y continuadas a intervalos diversos hasta 1976.

"Conversaciones libres" las llama el periodista francés, y este calificativo —conservado en el título original— se justifica tanto por el tono de las preguntas —sin pretensiones ni pedanterías, en las que tan fácilmente hubieran caído otros entrevistadores— como por la naturalidad y sinceridad con que parecen fluir las respuestas del científico.

Apenas inducido por Bringuier, Piaget nos va exponiendo uno tras otro en el curso de la conversación los diversos problemas que le han venido preocupando a lo largo de una carrera investigadora que se inició allá por los años veinte con una



(1) Traducción de Juana Bignozzi. Gramica editor. Serie Conversaciones. Barcelona, 1977.



## TAURUS

Luis Cernuda  
**OCNOS**  
 seguido de  
**VARIACIONES**  
**SOBRE TEMA**  
**MEXICANO**

Prólogo  
 de J. Gil de Biedma

Pío Baroja  
**JUVENTUD,**  
**EGOLATRIA**

Prólogo  
 de J. Caro Baroja

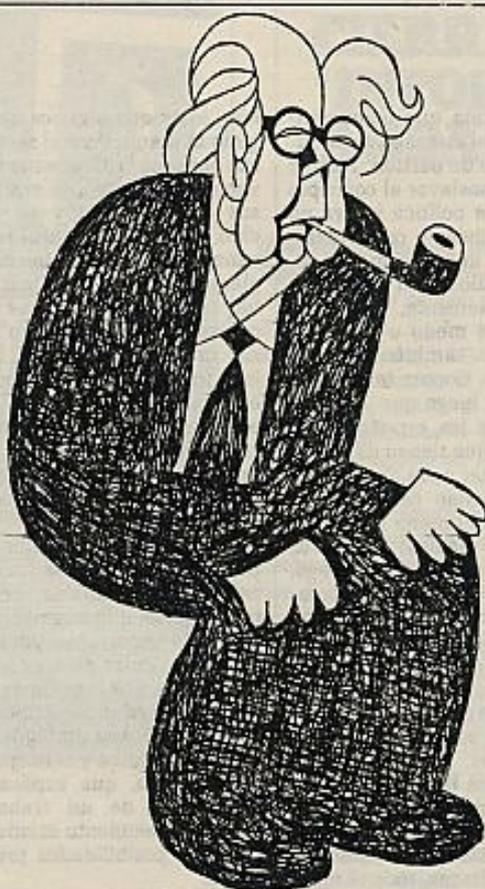
Hans Mayer  
**HISTORIA**  
**MALDITA DE**  
**LA LITERATURA**

Vladimir Nabokov  
**OPINIONES**  
**CONTUNDENTES**

Fernando Savater  
**LA INFANCIA**  
**RECUPERADA**

José María  
 Gil-Robles  
 N. Pérez-Serrano  
**DICCIONARIO**  
**DE TERMINOS**  
**ELECTORALES**  
**Y PARLAMENTARIOS**

Velazquez, 76, 4.º M.º  
 apdo. 10.161



Jean Piaget, por Vázquez de Sola.

serie de trabajos sobre la representación del mundo y el lenguaje en el niño y que ha seguido una trayectoria asombrosamente rectilínea y coherente hasta sus estudios más recientes en torno a la causalidad o la contradicción.

Con la naturalidad de unas charlas de café, pero sin perder un ápice de rigor, Piaget nos habla de sus ya viejas pero todavía revolucionarias teorías sobre el conocimiento como producto de una interacción creadora y constructiva entre sujeto y objeto a la vez que nos explica las etapas por las que pasa el desarrollo cognoscitivo del niño, según un estricto orden secuencial, y que van desde las primeras manifestaciones de la función simbólica a la interiorización y reversibilidad de las acciones a partir del primer nivel sensoriomotor hasta llegar a las operaciones formales en las que el niño es ya capaz de hacer abstracción de los objetos que integran su mundo.

O también, refiriéndose a sus investigaciones biológicas, nos aclara cómo la interacción constructiva que se da en el campo cognoscitivo es observable por igual desde el punto de vista biológico al estudiar al organismo en función de su medio. Por lo que, según Piaget, no es sostenible la teoría de que todo está ya preformado en el embrión, sino

que éste también construye en el proceso de adaptación individual a situaciones nuevas.

Luego, elevándose a su habitual terreno epistemológico, el sabio suizo nos confiesa su desconfianza hacia la filosofía entendida como metafísica, es decir, como mera lucubración teórica sin apoyatura alguna en la ciencia, a la que trata incluso de suplantarse como conocimiento superior de la realidad, para atacar a quienes, sin comprenderle en absoluto, le han tachado de "idealista" cuando él nunca ha negado la existencia del objeto como tal, pero sí en cambio la posibilidad de aprehenderlo si no es por aproximaciones sucesivas que no son más que interpretaciones o representaciones de la realidad.

Y sobre todo, en uno de los capítulos más interesantes de un libro que lo es en su totalidad, Piaget aborda el problema de la génesis de las estructuras, rechazando de plano cualquier posibilidad de preformación o determinación de las mismas, lo mismo en el mundo exterior que en la mente del sujeto. Para él, la estructura es siempre "un sistema de transformaciones que va de lo más simple a lo más complejo (...), pero quien dice transformación dice construcción posible de estructuras nuevas". La oposición al estructuralismo ontológico de raíz levistraussiana

no puede ser más clara. Como la posibilidad que ofrece esa concepción piagetiana de salir del "impasse" en el terreno estructuralista.

En resumen, pues, estas "conversaciones con Piaget", en las que intervienen también algunos miembros del equipo internacional e interdisciplinario que trabajan en el centro de epistemología genética —entre ellos Rafael Carreras, Guy Cellier, Howard Gruber, Rolando García o Ilia Prigogine— exponiendo sus valoraciones personales de la obra de Piaget, constituyen acaso la mejor introducción posible a este gran científico de ochenta y un años. ■ JOAQUIN RABAGO.

## "Breviarios de educación"

Interesante experiencia la realizada en el Colegio Siglo XXI, dentro del Departamento de Lengua. Experiencia ahora recogida en el libro "La narración infantil", número dos de una nueva colección. Figuran aquí treinta y dos relatos escritos o recreados por niños de diez y once años. Son relatos que se ofrecen sin más correcciones que las ortográficas, nos dicen, respetando incluso la puntuación original. Y son de procedencia muy diversa, desde uno como "El rey del bosque", que parece inspirado en un episodio de la serie televisiva "Fauna ibérica" del doctor Rodríguez de la Fuente, a una muy especial versión recreada de "El pequeño príncipe". De ésta dice Jesús Martínez Sánchez, autor de un extenso estudio preliminar del libro, "que, en muchos aspectos, supera las realizadas por los profesionales". Y añade: "Desde luego, la frescura y espontaneidad de nuestro joven autor supone un motivo de reflexión para quienes, al dirigirse a los chicos, emplean un lenguaje alibarado".

"La narración infantil" aparece en la colección "Breviario de educación" del Instituto Nacional de Ciencias de la Educación. Colección de bolsillo, destinada, por una parte, a nutrir bibliotecas escolares y, por otra, a divulgar experiencias de profesores que puedan servir de ayuda a otros colegas. Este de "La narración infantil" es libro que comparte esa doble función, ayudado en la primera por el eficaz estilo de los muy jóvenes autores y por los dibujos (también de ellos) que ilustran algunos relatos.

El número uno de la colección es un oportuno libro de divulga-